

REVISTA
DE
SANTIAGO.

FANOR VELASCO I AUGUSTO ORREGO LUCO

DIRECTORES

TOMO I

1872

SANTIAGO

IMPRENTA «NACIONAL» CALLE DE LA MONEDA NÚM. 46

1873

INDICE

DEL TOMO I.

1872

HISTORIA POLÍTICA, ECLESIASTICA, LITERARIA

El Templo de la Compañía de Jesus de Santiago de Chile: por MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.....	49
Los Apóstoles del Diablo: por id.....	182
Don García Hurtado de Mendoza i don Alonso de Ercilla: por id... ..	248
Orijenes de la imprenta en la América española: por id.....	353
Introduccion de las representaciones teatrales: por id.....	433
El establecimiento del teatro en Chile: por id.....	481
Carácter político i social del teatro en Chile: por id.....	561
Las primeras composiciones dramáticas: por id.....	647
El primer periodista de Chile: por id.....	289
El pueblo i puerto de Quintero: por FRANCISCO SOLANO ASTA-BURUAGA.....	518
Don Mariano Torrente: por DIEGO BARROS ARANA.....	161
La monja Alférez: por id.....	225
El primer cónsul extranjero en Chile: por id.....	399
Don Juan Manuel Pereira de Silva: por id.....	460
Apuntes para la historia del arte de imprimir en América: por id... ..	596
Don José Miguel Carrera: por id.....	673
Cuba i Puerto Rico: por EUJENIO MARÍA HÓSTOS.....	29,97
Las riquezas de los antiguos jesuitas de Chile: por DIEGO BARROS ARANA.....	713, 833, 933, 998
Ercilla i el descubrimiento de Chiloé: por FRANCISCO VIDAL GORMAZ..	540

BIBLIOGRAFIA I CRÓNICA LITERARIA

Los Precursores de la independencia de Chile por Miguel Luis Amunátegui: por GASPAR TORO.....	107, 195
Francisco Bilbao, a propósito de las publicaciones de don Zorobabel Rodríguez i don E. de la Barra: por AUGUSTO ORREGO LUCO..	730
La Soledad, de Augusto Ferran: por GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER.....	884
Historia de la fundacion de Bolivia, de don Jorge Mallo.—Breve resumen de las lecciones sobre historia de Bolivia dadas por don Luis Mariano Guzman.—Ajuste de Piquiza.—El jeneral don Pedro Blanco i los sucesos políticos de 1828.—Biografía del jeneral Pedro Blanco: por G. R. M.....	949

BIOGRAFIA

Don Rodolfo Amando Phillippi: por MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI....	121
Un tipo yankee (Samuel Houston): por JOAQUIN BLEST GANA... 506,	585
Salomón de Caux: por ABRAHAM KOENIG.....	263
Don Benjamin Vicuña Mackenna: por MOISES VARGAS.....	609
Don José Joaquin de Mora: por MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI. 749,	815
857,.....	972
Plácido: por EUSENIO M. HÓSTOS.....	902
La juventud de lord Byron: por AUGUSTO ORREGO LUCO.....	919

POESIA

El Deber: por DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.....	472
El lecho de hojas verdes: por EDUARDO DE LA BARRA.....	342
¿Amistad?: por JORJE ISAACS.....	96
Ultimos momentos de Cristóbal Colon: por GUILLERMO MATTA....	67
Salmos del libre pensador: por id.....	671
El anillo de Polterates: por MANUEL ANTONIO MATTA.....	134
A la poetisa señora Jertrúdis Gomez de Avellaneda: por ROSARIO ORREGO de URIBE.....	65
A la noche: por id.....	209
La madre: por id.....	340
A una jóven loca de pesar: por id.....	535
Insomnio: por id.....	607
Un canto de fiesta de Nerón: por RAMON FRANCISCO OVALLE.....	615

Amor: por VÍCTOR TORRES.....	413
Mis mujeres: por ADOLFO VALDERRAMA.....	143, 211
El trabajo: por id.....	706
A una poetisa: por ROSARIO ORREGO de URIBE.....	784
Hostia: por GUILLERMO MATTA.....	786
Canciones (Recuerdos de Enrique Heine): por AUGUSTO FERRAN.....	848
El epitafio de la niña: por RUPERTO MURILLO.....	882
Siempre contigo: por JORJE ISAACS.....	958
A la razon: por ADOLFO VALDERRAMA.....	994
El Eden del corazón: por JULIO ARBOLEDA.....	1009
L' Eden del cuore: por GIACCOMO BRIZZI.....	1011

ARTES

Una visita artística: por VICENTE GREZ.....	448
Antonio Smith: por id.....	666
La Estátua de O'Higgins: por PEDRO F. LIRA.....	137
La Esposicion de 1872 (Pintura, escultura, grabado, litografía i dibujo): por PEDRO F. LIRA.....	871
En el taller de P. F. Lira: por VICENTE GREZ.....	988

MEDICINA

Algunos apuntes sobre los baños de Cauquénes (comunicacion a la sociedad médico quirúrgica): por ADOLFO MURILLO.....	963
El dolor: por ADOLFO VALDERRAMA.....	325, 383

MISCELÁNEA

(NOVELAS, LEYENDAS, TRADICIONES.)

La tumba de Pizarro: por EDUARDO DE LA BARRA.....	41
La Jigantolojia: por id.....	81, 146
El Misti: por A. DE LA E. DELGADO.....	344
El peor enemigo de lo bueno es lo mejor: por MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.....	32
Prácticas parlamentarias: por DEMETRIO LASTARRIA.....	73
Estimulantes: por EUJENIO MARÍA HÓSTOS.....	243
Apolojia del Asno: por JOAQUIN LARRAIN Z.....	631
El Anónimo: por VALENTIN MURILLO.....	370

Venecia (novela de Disraeli): extracto por AUGUSTO ORREGO LUCO 2,	70
152, 214, 271, 414, 476, 546.....	692
¡Pues bonita soi yo, la Castellanos!: por RICARDO PALMA.....	63
El Demonio de los Andes: por id.....	453
Elaina (leyenda de Tenneson): traducida por M. B. B.....	766, 798
Ignacio Pirovano (años de juventud): por EDUARDO WILDE.....	788
Iglesia me llamo: por RICARDO PALMA.....	877
Palabras: por EUJENIO M. HÓSTOS.....	777
Pepe Bandos (apuntes sobre el virei marqués de Castel-Fuerte): por RICARDO PALMA.....	966
La travesía (cuento de Topffer): traducido por M. O. L.....	1014

ACTUALIDADES NACIONALES.

(REVISTA POLÍTICA Y LITERARIA)

Miradas retrospectivas: por FANOR VELASCO.....	36
Revista de la quincena por id. 88, 158, 222, 282, 348, 428, 554, 852, 959,	1031

REVISTA DE LA QUINCENA

Santiago, julio 31 de 1872.

Algunos días de sol, muchos de nubes i ninguno de agua: la quincena ha transcurrido en esas constantes alzas i bajas barométricas que forman la desesperacion o la esperanza del siempre descontento agricultor. Los años pasan, la juventud se aleja, desaparece la poesia; i en el rayo de sol i en la ráfaga de viento no se busca ya el calor que debe abrir el pétalo ni el aura que debe columpiar el tallo de la rosa. Los días son tristes o son alegres no por el azul de los cielos ni por la oscuridad del horizonte. El agua ablanda la tierra, i el sol calienta i fecunda la semilla; pero el sol puede quemar la espiga i el agua puede corromper el grano. Agua i sol se reducen a una simple cuestion de caja.

Apesar del sol que por algunos días ha brillado, de la lluvia que no ha caido i de la escarcha que todas las mañanas ha cubierto con una blanca sábana de hielo los techos de la poblacion, dos naciones que habian combatido juntas, que juntas habian hecho abundante cosecha de laureles, cuya sangre se habia confundido en los campos de batalla como se confunde en el cauce de los rios el caudal de los arroyos, i que despues de sacrificios i de heroismos sin cuento se habian separado como dos amigos de la infancia cuya intimidad se debilita con las susceptibilidades que desarrolla el trascurso de los tiempos, dos naciones, Chile i la República Argentina, han puesto en contacto su cerebro por medio de un aparato nervioso que, aquí oculto entre las peñas, mas allá entre las nieves i despues bajo la tierra ardiente de la pampa, ha principiado a transmitir con la rapidez del rayo las múltiples sensaciones de su organismo material e intelectual. El telégrafo trasandino se ha inaugurado; la montaña se ha abatido; el desierto se ha concentrado; trescientas leguas ha perdido la superficie de la tierra.

Buenos Aires, pueblo que no duerme, que siempre tiene un pié fuera de los cobertores de su lecho para lanzarse a la plaza en busca del tumulto o a la imprenta tras de las últimas noticias, ha sentido hervir en sus venas el fuego del entusiasmo i ha aclamado este progreso con toda esa expansion que se desborda en los corazones del Rio de la Plata. Buenos Aires ha visto en la instalacion del hilo eléctrico una garantía de prosperidad i fraternidad americana i una esperanza de paz universal.

Buenos Aires i Santiago han seguido los impulsos de su carácter i han obedecido a las exigencias de su tradición. Buenos Aires es un pueblo que tiene la fiebre del espíritu, que salta por encima del presente i que se apodera del porvenir. Allí el Plata se desliza tranquilo en una corriente imperceptible. En cambio, los espíritus marchan por una pendiente rápida i se precipitan con la fuerza de la avalancha en el camino del progreso. Hai desórden, atropellos, confusion; pero el campo es estenso, el aire es puro, i pronto la calma se restablece i todos, obreros infatigables, continúan su tarea con una constancia nunca desmentida. En Chile, planicie que principia en la cumbre de los Andes i que termina en los bordes del Océano, los rios corren impetuosos con el mas atronador de los estrépitos, pero los espíritus se arrastran trabajosamente en direccion opuesta. El camino es lento, difícil, a veces impracticable. Hai que buscar laderas, que hacer rodeos, que describir curvas de consideracion. Nos arrastramos con la pesadez de la tortuga, i a esta pesadez hemos dado el título pomposo de buen sentido. Buenos Aires devora el tiempo como el águila el espacio, i esa vida robusta i vigorosa nos ha hecho llamarla pueblo sin sentido práctico, sin órden i sin madurez.

Allí todo es rápido i febril. Brilla el sol, i se combustiona la yerba de las pampas. La atmósfera está despejada, se divisa una nube en el horizonte, el cielo se oscurece, el rayo cruza, habla el trueno, cae el granizo, i la atmósfera vuelve a despejarse i el sol vuelve a lucir. Aquí, el sol lucha sin cesar contra las nubes. Se asoma la cabeza, se estiende la mano, se examina el barómetro, i la lluvia no cae, i se desprestijia San Isidro i el agricultor se desespera.

En Santiago el hecho ha pasado casi desapercibido. El señor Vicuña estaba enfermo, i Santiago tiene costumbre de que la autoridad decreta sus alegrías. Nuestro ardor patriótico, que este año por primera vez tendrá una manifestacion intelijente, despierta a las salvas de la fortaleza de Hidalgo i se duerme al último resplandor de la última luminaria. Por felicidad para Santiago, el señor Vicuña se sintió restablecido: el pabellon nacional se enarboló, i las bandas de música se acercaron a la estatua de San Martin. ¿I para qué mas? La única utilidad que se divisa en el telégrafo consiste en saber con prontitud los precios corrientes de los ganados arjentinos, para multiplicar las especulaciones. ¡Gracias al señor Vicuña si el domingo hubo algo mas que los repiques i las misas de costumbre! El horizonte de Santiago se estiende por el lado del Mapocho hasta la plaza del Mercado, por el Sur hasta el Matadero, por el Oriente hasta los Molinos, i por el Occidente, en época de frutillas, hasta las plantaciones de Renca. ¿Qué le importa Buenos Aires?

Nuestra vida política, social i literaria rueda en esa atmósfera de hielo. Sin Buenos Aires por un lado i sin un hijo de Buenos Aires por el otro, nada hubiera combatido esta frialdad glacial. Buenos Aires nos ha hecho ver en el telégrafo algo mas que un alambre que se sepulta en las entrañas de la tierra. Santiago Estrada nos ha invitado a sospechar en las rocas de los Andes algo mas de lo que en ellos busca el cateador con los ojos ávidos i con la punta acerada de su pico.

Con el misticismo del creyente, con la curiosidad del viajero i con el lirismo del poeta, Estrada ha salido de Buenos Aires, ha tocado en Montevideo, ha atravesado la cordillera, ha llegado a Chile, ha doblado el Estrecho, i ha vuelto a su punto de partida. Poeta, lo mira todo al traves de una poderosa fantasía; viaje-

ro, lo escudriña todo con una curiosidad insaciable; creyente, lo organiza todo en el molde de su fé. Viajero, descubre el ridículo de la pequeña aldea i el vicio de la estensa poblacion; creyente, divisa en donde quiera un dedo providencial; poeta, mantiene un diálogo eterno con los objetos inanimados i hace de Dios un recurso de retórica.

Estrada abandona el cómodo tranway i se encierra en la estrecha mensajería. La campiña desaparece, preséntase la pampa, el sol desploma sus rayos verticales sobre las paredes del carraje. Estrada asoma la cabeza por la portezuela, suspira en recuerdo de la campiña, admira la llanura ilimitada, i bendice el sol. Cuestion de temperamentos. No nos gusta el desierto, como no nos gusta un libro en blanco. Durante el invierno, el sol nos parece adorable cuando abriga los piés entumecidos. En el verano lo encontramos magnífico al ponerse; en el día, lo encontramos tolerable bajo la sombra de un álamo frondoso, i nada hai mas molesto que su presencia cuando la sentimos en una dilijencia de camino real.

Estrada llega a los Andes despues de horas infinitas del mas áspero sacudimiento. Sube, encuentra una roca de superficie plana, i la mira, i la contempla i la apostrofa. Poco a poco el peñon pierde su forma primitiva. La roca es un símbolo. Los hombres pasan, el sol se oculta, las estaciones se alternan, la roca permanece: pálido reflejo de la inmutabilidad de Dios. La nieve ha caído sobre un peñasco. Es la mujer de Loth petrificada, es un espíritu envuelto en un sudario, es la inocencia vestida con su blanca túnica. La óptica de la pampa produce a la distancia el efecto de un lago cristalino. La sed es devoradora, i el lago no se encuentra. Una imájen bíblica cruza por la mente de Estrada: la samaritana que da de beber a Jesus, Rebeca que va con el cántaro a la fuente, Lonjino que rompe con su lanza el costado del Redentor. Cuestion de temperamentos otra vez: la inmutabilidad de la roca nos haria pensar en la movilidad excesiva de la cabalgadura; el espectáculo de la nieve nos inclinaria a desdoblar nuestros abrigos; la ausencia del agua duplicaria nuestra sed.

Aquello es un canto. La palabra está en armonía con la majestad del pensamiento, con la magnificencia del panorama, con la fantasía de la ilusion, con la profundidad de la fé. Al frente del ejemplar que ha tenido la amabilidad de regalarnos, Estrada nos escribe: «Apesar de muchas incompatibilidades, somos amigos: creo que el amor por lo bello nos vincula, a pesar de pesares.» I dice la verdad: el amor por lo bello nos vincula. En cada una de aquellas fantasías de poeta i de aquellas confesiones de creyente, descubrimos al atrevido paisajista que encuentra una idea en las hojas de los árboles, en la transparencia de la atmósfera, en la elevacion de las montañas. Hai animacion de estilo, vigor de pensamiento, orijinalidad de puntos de vista: fuerza, dulzura, colorido, amenidad. Aca-so por nuestra costumbre de verlos azules en las tardes de verano i blancos en las mañanas de invierno, no divisamos en los Andes todo lo que la imaginacion de Estrada hace brotar de sus entrañas de granito. Al contemplarlos pensamos en las fuerzas escondidas de la tierra, en ese crisol inesplorado cuyo chisporroteo produce las montañas. La inmensidad de la cordillera no humilla nuestro espíritu. En su cúspide, el hombre debe sentirse mas grande, mas poderoso, mas inteligente. El ha trazado la senda sobre la roca viva, él se asoma al cráter de los volcanes para sorprender los misterios de la profundidad, él vence la nieve, el rayo, la tormenta, llevando en sus hombros el mensaje de la civilizacion. Estrada tiene que ceder a este movimiento alguna vez, i dibuja en rápidas i hermosas pinceladas

la fisonomía del correista que, como el cóndor de los Andes, no se siente entumecido por la nieve, ni ahogado por la lluvia, ni dominado por el vértigo, ni abrazado por el sol. La bestia de carga se desploma allí rendida de cansancio. El arbusto no puede absorber un aire que le falta. La vida no se esparce bajo la influencia benigna de un calor vencido por la nieve. El hombre pasa. La cordillera queda inmóvil.

La mensajería continúa su carrera. La luz se debilita, la noche se acentúa, el horizonte se oscurece. Principian a divisarse los caudales dadosos del rústico caserío. La población se acerca. Estrada deja de ser poeta i se convierte en hombre de mundo. Todo es prosa en la ciudad. Las cifras se agrupan, se presenta la estadística, la industria, la producción. Se toma nota de la viveza de Montevideo, de la gravedad de Córdoba, de la inestabilidad de San Luis. En la capital del Uruguay, Estrada baja el nivel de su admiración. Allí admira las faldas, pero no las faldas de los montes. Hai bellezas en todas partes, aun fuera de las aguas del Océano, aun léjos de las nieves de los Andes. Estrada consigna sus impresiones. Si ellas se ponen en la balanza de su instinto, se ve que las frescas mejillas de Montevideo pueden competir con el encarnado matiz del arbol. Es necesario partir. La ciudad se borra lentamente, i lentamente vuelve el lirismo a apoderarse del alma del poeta. De nuevo el desierto, de nuevo la montaña. El trovador pulsa la nota mas solemne de su lira, i canta la inmensidad.

Pero bajemos de los Andes, en cuya cima nos ha detenido largo rato un hombre de talento. Abandonemos la llanura; i despues de respirar el aire libre de las pampas, lleguemos a Santiago por cualquiera de los arrabales que le sirven de cintura. Ya hai poco lugar para la poesía. La atmósfera se siente mas pesada. Se ve la vida, se ve la muerte al lado de la vida, i al lado de la muerte se ve la abnegación. Por dondequiera se encuentra un lazareto, i en todos los lazaretos se encuentra mas de una existencia exhuberante disputando victimas a la epidemia. La juventud abandona su libro, su charla, sus hogares, i se establece a la cabecera del moribundo. En la partida se arriesga la existencia, pero todo combate tiene sus peligros. El estudiante se hace enfermero. Cada jóven frívolo, escéptico, despreocupado, se transforma en una hermana de caridad. La caridad se ejerce con una tranquilidad que afecta todas las formas de la indiferencia. Se entra al foco de infeccion con el mismo semblante con que se llega al retrete de una dama. Allí hai un hombre sin nombre que está a dos dedos del sepulcro. Su cerebro delira, su fisonomía ha perdido las líneas del ser humano, su cuerpo es una criba. El estudiante cuenta sus pulsaciones, aplica el termómetro a sus miembros, administra la medicina salvadora; i cuando sospecha una reaccion favorable, sus ojos brillan de júbilo i su corazón late de alegría. Allí se pasan las horas, los días, las semanas. El estudiante es el soldado mas fiel a su consigna. Hai en su abnegación un estoicismo que ama el deber por el deber. Cadáver, el individuo sale por una puerta falsa, i nadie agradece aquel desvelo. Sano, el individuo se aleja por la puerta principal, i no tiene a quien manifestar su gratitud. El espectáculo del dolor, la proximidad de la muerte, la probabilidad de la infeccion, nada intimida a esos espíritus. Santiago, el gobierno, la humanidad, les deben una medalla. Aquel heroismo es tanto mas noble cuanto mas modestas son sus apariencias. El valor arrogante pierde mucho de su valor. En los lazaretos hai que descubrirlo bajo una densa capa de sencillez. El oro no se encuentra en el pavimento de las calles.

Sin la inauguración del telégrafo trasandino, sin los *Apuntes de Viaje de San-*

tiago Estrada i sin la abnegacion de los jóvenes estudiantes de la escuela de medicina, difícil tarea hubiera sido escribir una revista de la quincena. El Congreso funciona con prolongadas intermitencias. Son lentos los progresos de la reforma electoral. El Instituto pasó de moda. Los empleados públicos están en peligro de perder su jubilacion sin gaur un aumento de sueldo. El gobierno vive tranquilo. El público continúa satisfecho. La prensa es un coro de alabanzas. El país, un fumador de opio, a veces sumerjido en estúpido letargo.

Descubrir los motivos de semejante complacencia es toda una dificultad. El liberalismo ministerial no se ha probado. El presidente de la república no ha abjurado los principios que tantos dictérios le costaron ántes de su eleccion. No se ha dado un paso en el camino del progreso, no se ha rendido ningun nuevo homenaje a la libertad. La libertad de exámenes ha tenido por objeto monopolizarlos a favor de la enseñanza relijiosa. El decreto sobre cementerios vino a negar derechos adquiridos i a hacer mas complicada la cuestion. El proyecto de lei sobre matrimonio de disidentes no puede salir de la emboscada que el arzobispo de Santiago i el ministro del culto le tendieron. Todas las reformas sustanciales de la lei electoral han sido combatidas por el ministro del interior.

Esta es la situacion, i ésta la disposicion de los espíritus. En Francia hubo un sistema a que se dió el nombre de de dejar hacer. Aquí, donde corren pareja la iniciativa del gobierno i la iniciativa del país, se practica el sistema de no hacer. Los de abajo nada pueden reprochar a los de arriba. Los de arriba nada tienen que envidiar a los de abajo. Como decíamos en nuestro primer artículo, entre los príncipes cristianos reina la paz i la concordia.

FANOR VELASCO.